

# Edmundo G. Acebal

## ANTONIO Y SU ARTE



Se ha ido del toreo uno de los más ilustres artistas de nuestro tiempo, ignoramos si definitivamente o no. Su marcha, decisiva o eventual, demanda una reflexión sobre lo que en su más auténtica esencia representó el arte antoniano en la fiesta.

Antonio Ordóñez, de Ronda, hijo de rondño y sucesor de los primogenios colosos de la tauromaquia, por fuerza tenía que ser torero clásico dentro de la más noble ortodoxia. Su arte era clásico por ejemplar, puro por perfecto y eterno por verdadero. Todo en él era canon, ley y norma. Cante hondo del más entrañable espíritu andaluz y categoría estética por el concebir, por el sentir y por el crear.

Como el de Rubén, ese arte era "suyo en sí", no apto para la masa municipal y espesa que llena los graderíos de las plazas para refocilarse con las más grotescas extravagancias. Lo era, sin embargo, para la afición docta de paladar delicado que será la que, en fin de cuentas, le eche de menos y le recuerde con nostalgia conmovedora.

Antonio Ordóñez era un virtuoso sin virtuosismos epatantes, con una capa suave que tenía sonos musicales y una muleta que rimaba líricas melodías en los naturales graciosamente ligados al pecho y coronados con desplantes solemnes, armoniosos y toreros. Por eso no le iban las bulerías inocuas ni los fraudes del subtoreo ultramoderno que tanto conmociona y reblandece la libido de las estólicas multitudes de nuestra beocia sociedad de consumo.

Baluartes de una preclara supervivencia artística, servía en parte de valladar a la progresiva corrupción de los gustos populares y bien pudiera suceder que, ausente él, la masa taurófila se desmandara como una riada incontenible y arrollara los legados de una tradición gloriosa que apenas cuenta con sucesores, precipitando a la fiesta por las torrenteras del feísmo, de la suciedad y de la mentira.

(Para "Litoral", de Edmundo G. Acebal).